

CAPÍTULO IV.

La Naturaleza como elemento de educación.

Paradoja que desde antiguo se observa en la pedagogía práctica, y que consiste en menospreciar la realidad y los procedimientos naturales por lo facticio y los medios artificiosos.—Explicación del hecho, y ejemplos que lo comprueban.—El olvido de la Naturaleza como uno de estos ejemplos.—La Naturaleza como medio de cultura general y especialmente de educación estética.—Transcendencia moral y valor educativo de la belleza física.—Necesidad de hacer intervenir la Creación natural en la educación.—El amor á la Naturaleza como un sentimiento innato en la infancia de la humanidad y en la del hombre.—Hechos que lo atestiguan.—Conclusiones que de todo esto se desprenden.

Desde tiempo inmemorial se repite en la pedagogía práctica con insistencia suma un hecho que aunque pueda explicarse, no deja de ser extraño y es causa ocasional de la mayor parte de los vicios que han aquejado y aquejan á la educación de la niñez. Nos referimos al hecho verdaderamente paradójico y á que una larga experiencia da acentuado relieve, de menospreciar la realidad, ir fuera de ella á buscar los métodos y procedimientos educativos, considerar al educando de modo distinto de lo que es verdaderamente, y, por todo ello, partir de premisas falsas y no tocar los resortes más inmediatos y naturales, despreciándolos ú olvidándolos por com-

pleto para acudir á los más lejanos, artificiosos, inadecuados é ineficaces.

Así se explica, por ejemplo, el insistente empeño que se ha puesto y se sigue poniendo, á despecho de lo que aconsejan las doctrinas más sanas y racionales, en considerar al niño como sér meramente pasivo, en hacer gravitar sobre la memoria todo el trabajo de la inteligencia, y en valerse para la cultura de esta y otras facultades, de procedimientos mecánicos y artificiales. Del mismo hecho es confirmación elocuente el error inveterado de comenzar la enseñanza de la niñez por conceptos abstractos, superiores siempre á la capacidad de comprensión de aquellos á quienes se dirigen, en vez de valerse de los medios de conocimiento de que espontáneamente se sirven los niños, y que, como los intuitivos, son los naturales y debieran ser los primeros.

El mismo Pestalozzi, tenido como el padre de la enseñanza intuitiva, fué víctima de semejante error; pues para llegar á la consecuencia lógica del método á que dió nombre, necesitó de las advertencias reiteradas que le hiciera uno de sus alumnos, cuando al explicar á éstos lo que es una escalera y una ventana, se las presentó dibujadas al intento de facilitarles la comprensión de lo que les enseñaba; con cuyo motivo hubo de decirle el niño que habiendo cerca de donde estaban una escalera y una ventana verdaderas, era mejor hablar de ellas que de las estampas. Esto, que tuvo el carácter de una profunda revelación para el inspirado pedagogo, hizo al fin exclamar á Pestalozzi: «Tiene razón el muchacho; vale más la realidad que la imitación; guárdense las estampas y que se instruya á la clase por objetos verdaderos.»

El vicio que señalamos se observa y aun persiste, por desgracia, en todas las ramas de la enseñanza y

en todas las esferas de la educación. En el Lenguaje se prefieren los procedimientos verbalistas y dogmáticos, la disección de la lengua, que supone su formación y un conocimiento de que carece el niño; en Geografía, lo abstracto, lejano y que menos interesa al que la aprende; en Ciencias naturales, las nomenclaturas y nociones preceptivas, ayudadas de representaciones más ó menos artificiosas; en Moral, los preceptos aislados, secos y áridos; en una palabra, en todo, los medios abstractos y más impropios, á los concretos y más naturales. Con tales precedentes, cuya persistencia podríamos mostrar con multitud de otros ejemplos por el estilo de los aducidos, nada tiene de extraño que en toda la educación se haya prescindido y se siga haciendo caso omiso de la Naturaleza, que es uno de los medios más *naturales* de cultura general y particularmente de cultura estética.

No es sólo la Naturaleza un libro constantemente abierto á las miradas de los hombres, que siempre tienen que aprender algo nuevo y provechoso en la serie de escenas instructivas con que brinda á la meditación y al estudio; es además de esto, y por ello, inmenso arsenal de medios para la enseñanza viva y por el aspecto, una madre cariñosa en cuyo seno vivimos y de cuya fecundidad alimentamos nuestras necesidades, y, por otra parte, especie de manantial perenne de que brotan á millares las manifestaciones de lo bello; como que ella es á su vez manifestación espléndida de la belleza infinita, del poder de Dios. El orden y la armonía, que son elementos constitutivos de lo bello, resplandecen en los fenómenos naturales casi siempre con grandeza y de ordinario con luz vivísima é impercedera; por lo cual se dice que la Naturaleza no sólo es bella, sino que su belleza raya en la sublimidad, y que «pródi-

gamente nos ofrece formas plásticas para la realización de toda belleza concebida y sentida», por lo que «puede bien afirmarse que el *amor á lo bello* tiene su adecuada expresión en el de la Naturaleza, que presta y abundantemente ofrece todas las formas plásticas en que la belleza artística encarna» (1). Y he aquí por qué es tenida entre los estéticos como aforismo corriente la afirmación de que lo bello en las Artes no es, en último resultado, más que una traducción y una interpretación de las bellezas de la Naturaleza.

Añadamos que mediante la contemplación de las bellezas del mundo físico parece que brotan y se avalloran las del mundo moral, y se despiertan, depuran y ennoblecen los más hermosos sentimientos del alma. He aquí por qué el influjo de la Naturaleza en la educación no se limita á la esfera de lo intelectual ni tampoco á la del sentimiento puramente estético, sino que alcanza en mucho á la de lo moral y dentro de ella á la religiosa; pues conociendo, contemplando, respetando y admirando la Creación natural, se glorifica al Creador en sus obras: cabe afirmar, por lo tanto, que el culto de la Naturaleza conduce derechamente al culto de Dios.

En presencia del espectáculo de la Naturaleza, tienen siempre los educadores medios adecuados para despertar y fecundar en sus educandos el sentimiento religioso. Como ejemplo de lo que en este sentido puede hacerse, he aquí las palabras que hemos puesto en boca de un Maestro que educaba de ese modo á sus alumnos, y que estimamos que pueden servir como de indicación para la práctica del principio que acabamos de sentar:

(1) GONZÁLEZ SERRANO en su citado libro sobre la *Psicología del amor*.

«No damos un paso ni echamos una mirada, que no sirva para patentizarnos la existencia de Dios y su omnipotencia divina. Esa luna tan bella, cuya plácida luz tanto os cautiva; esos hermosos y brillantes astros, que cual lámparas de oro suspendidas por hilos invisibles, alumbran este inmenso templo que se llama Firmamento; el sol, que con su cabellera de fuego anima la creación, fecunda la tierra y lleva por todas partes el hálito de la vida; el mar, que es inmenso y majestuoso como el espacio infinito; la salvaje majestad de las montañas; la existencia misteriosa de los árboles y de las flores; nuestra propia naturaleza, tan complicada y con tanto arte y tan gran sabiduría dispuesta; todo pregona, hijos míos, el poder supremo, la omnipotencia del Creador. Lo que estáis viendo confirma estas palabras de David: *Narran los Cielos la gloria del Dios, y el Firmamento nos muestra las obras de su mano.*» (1)

Las precedentes indicaciones acerca del valor moral y la eficacia educativa de la Naturaleza, justifican la necesidad, sentida y proclamada por todos los pensadores, de que la Creación natural, tomada en vivo, intervenga como factor insustituible y necesario en toda educación que aspire á ser fecunda en resultados sanos, eficaces y tangibles, si vale decirlo

(1) *La Moral práctica.* Libro de lectura para los niños y adultos. Lérida, Sol y Torrens, 1876.

Lo dicho arriba confirma el hecho de que por la contemplación de la Naturaleza puede llevarse muy bien á los alumnos á comprender y á amar á Dios, sobre todo si, como dice la BARONESA DE MURENHOLTZ-BULOW, se introduce en ella al niño con espíritu piadoso. Sólo las obras visibles del Creador pueden hablar al principio de Dios al niño en lenguaje que éste entienda; más tarde, cuando por semejante modo se haya echado la base del sentimiento religioso, puede hacerse con evidente ventaja todo lo más que se desee y convenga para la cultura de este sentimiento, que arraigará y fructificará tanto más cuanto mejor haya comprendido y encontrado el educando al Creador en las maravillas de la Naturaleza.

así. A su vez y por lo mismo, «uno de los más preciosos beneficios de una buena educación, es el de provocar y perfeccionar en nosotros ese culto de la Naturaleza», máxime si particularmente atendemos á la esfera de lo bello, al desarrollo del sentimiento estético; pues «la contemplación inteligente y la admiración razonada del orden y de la armonía difundidos en la Creación, disponen nuestra alma á amar en todo la armonía y el orden» (1), elementos *sine qua non* de toda belleza, la cual surge como por ensalmo siempre que hay conjunción entre ellos.

Obliga, por otra parte, á preocuparse en la educación del culto de la Naturaleza, el hecho de que este culto arraiga en el fondo mismo de nuestro sér, es espontáneo y se manifiesta instintivamente, como el amor á lo bello (del que hemos dicho que tiene su adecuada expresión en el de la Naturaleza), así en la infancia de la humanidad como en la del hombre.

Subyugado por el grandioso espectáculo que ofrecen los fenómenos y las escenas que en toda ella observa, y atribuyéndolo á fuerzas misteriosas, sobrenaturales, siente el hombre desde un principio inclinación irresistible, respeto y amor al propio tiempo, hacia la Naturaleza, que diviniza, por lo mismo, así en las épocas más rudas como en las más espléndidas civilizaciones del Oriente, llegando hasta á rendirle un culto idolátrico que raya en lo supersticioso. En esto hay también que volver la vista á la nación griega, que bien puede considerarse como la gran sacerdotisa de ese culto. Atribuyó á la Naturaleza las más excelsas cualidades humanas y un poder divino, y la embelleció á lo sumo, poblándola de

(1) A. PELLISSIER. *La Gymnastique de l'esprit.* (Méthode maternelle.) Cinquième partie (vol. 5.^o). *Éducation du gout.* (Paris, Hachette, 1876.)

todas las poéticas creaciones que tejen la complicada y brillante urdimbre de su mitología, y en las que por modo tan maravilloso y con plasticidad tan enérgica, reveló el pueblo helénico su amor á la belleza física.

Con más ó menos viveza han mostrado siempre todos los pueblos su amor á la Naturaleza, á la que desde muy antiguo dan el dulce nombre de madre; y si en algunos ha podido á veces mitigarse ese sentimiento y aun trocarse en enemiga (v. gr., en los pueblos cristianos, durante la Edad Media), al cabo ha vuelto á surgir vigoroso, como fuego de rescoldo no apagado; pudiéndose afirmar, por otra parte, que no obstante esos como desmayos ó eclipses históricos á que aludimos, individualmente considerado el hombre, se ha sentido siempre y se sentirá inclinado al amor y al culto de la Naturaleza: y es que, al fin, vivimos sumergidos en su regazo, sometidos á sus leyes, que son las de nuestro organismo, y recibiendo á todas horas sus influencias.

Presiente esto el hombre é instintivamente lo expresa desde el mismo despuntar de la aurora de su vida. De aquí las manifestaciones en los niños de lo que con razón se ha llamado el *sentido* ó el *instinto de la Naturaleza*; punto respecto del que hemos hecho algunas observaciones en otra parte (1), que estimamos pertinente resumir en este lugar.

Desde su más tierna edad muestran los niños una inclinación irresistible por disfrutar del espectáculo y de los beneficios de la Naturaleza, que es para ellos fuente inagotable de puros deleites y causa de dulcísimas expansiones. Por un secreto impulso, hijo de previsor instinto, gustan los niños de entregarse en

(1) *Educación intuitiva y lecciones de cosas*. Madrid, Gras y Compañía, editores, 1881.

brazos de la Naturaleza casi tanto como de adormecerse en el dulce regazo de sus madres. Cuando aún no saben andar, ponen continuamente de manifiesto su tendencia á la luz volviendo su rostro á los huecos por donde penetran los rayos del sol, que buscan con avidez. Después son mayores los esfuerzos que hacen por disfrutar de la luz del día al aire libre. Al menor descuido de las personas encargadas de ellos, abren de par en par todas las ventanas y todos los balcones de la habitación en que se hallan, ó se escapan en busca del patio, del jardín, de la calle ó del campo. En el estado de salud no hay niño, por paco que sea, que resista á la tentación de echar á correr que siente á la vista de una puerta entreabierta que deja ver la alfombra matizada de mil colores que tapiza el campo, una plazoleta con flores ó árboles ó siquiera un pedacito de calle. En todas partes y por todos los modos posibles manifiestan su inclinación nativa á respirar el aire libre, á aproximarse á los lugares en que más luz descubren y á dar la preferencia para sus juegos á los sitios donde el horizonte es más dilatado y donde hay verde follaje y árboles, aguas, flores y aves. En donde la Naturaleza resplandece mejor ó se muestra en mayor escala y más engalanada, allí están los niños más satisfechos, más alegres, más bulliciosos y más decididos. Mientras mayor es el espacio que tienen delante y más amplio el horizonte que descubren, más ganas les entra de saltar y correr. Cuanto más risueño y variado es el espectáculo que les ofrece el sitio en que se hallan, más impulsados se sienten á ejercitar sus fuerzas. Y como si el lenguaje de la Naturaleza les causara envidia, sucede que el murmullo de las fuentes, el que produce el aire al besar las hojas de los árboles, y el trinar de los pajarillos les incita á hablar y á cantar con verbosidad mayor á la que de

ordinario pone en evidencia la prodigiosa fuerza y la incansable actividad de sus pulmones.

Atestigua todo esto, que pudiéramos ampliar con otras manifestaciones de la vida infantil (por ejemplo, el amor de las niñas á las flores, y la tendencia á las faenas agrícolas en los niños), que desde un principio anida en el corazón del hombre el sentimiento de la Naturaleza, á la que le impele el mismo amor instintivo que hemos visto que le lleva hacia lo bello. Es obligado, por lo tanto, cultivar dicho sentimiento, aprovechándolo á la vez como un agente de la educación del niño, sobre todo, en la esfera de lo estético, ya que, como antes hemos dicho, el amor á lo bello tiene su adecuada expresión en el de la Naturaleza, que por todas partes rebosa belleza en sus diversos grados y cualidades, por lo que «en la Naturaleza hay que buscar, como ya indicara Mme. Necker de Saussure, el primer vocabulario para el lenguaje de la imaginación», en general del sentir, y particularmente del sentimiento estético.

Si añadimos á esto que la Naturaleza es, como á todas horas se repite, el primer maestro y el libro mejor y más inteligible que podemos dar á los niños, un medio eficacísimo de cultura intelectual, según quedó indicado al principio de este capítulo; que lo es además y muy precioso de cultura moral y religiosa, así como elemento insustituible de desarrollo físico, no habrá más remedio que asentir á lo que Herder dice, á saber:

«Una prueba de la profunda barbarie en que educamos á nuestros hijos, es la de descuidar darles, desde su tierna edad, una profunda impresión de la belleza, de la armonía y de la variedad que presenta nuestra Tierra.»

CAPÍTULO V.

De las maneras de proceder para hacer colaborar la Naturaleza en la obra de la educación.

Indicaciones preliminares.—La observación de los objetos naturales, y cuáles pueden aprovecharse primeramente al efecto.—Resorte que para despertar y sostener esa observación y con ella el amor hacia la Naturaleza y el deseo de conocerla, ha de tocar el educador.—Sentido que debe darse á la cultura que esto supone y formas que revestirá.—Procedimientos intuitivos: las lecciones de cosas.—Los medios de intuición: cómo resultarán eficaces.—Preferencia que debe darse á los objetos reales sobre las representaciones.—Condiciones que deben reunir unos y otras.—Otros medios auxiliares.—El microscopio: su utilidad y manera de aprovecharlo; microscopios escolares.—Las proyecciones luminosas: servicios que pueden prestar en las escuelas al respecto de la cultura de que tratamos y atractivo que tienen para los niños.—Ventajas que sobre todos estos medios ofrece la realidad.—Servicios que en este concepto cabe obtener del jardín y el patio de la escuela.—Idem de las excursiones y los viajes escolares.—Importancia pedagógica de este medio de cultura y modo de servirse de él para los efectos á que se contrae el presente capítulo.—Su aplicación aun en los pueblos rurales.—Observaciones finales.

De lo dicho en el capítulo precedente, resulta que la Naturaleza se nos ofrece como un medio poderoso y eficaz de educación física, intelectual, moral, religiosa y, sobre todo, estética. Señalar á los educadores, especialmente á los maestros, los modos de proceder, los resortes que han de tocar para hacer intervenir en su obra agente tan necesario y valioso, y para obtener de su intervención resultados prác-